

El tontainas de Pedrocristo.

Pedro llevaba bastante tiempo delirando como un burro. Había crecido pensando que las obligaciones se cumplen por obligación. Entonces, si la obligación cesa, ya no se cumple con la obligación. Sin embargo, al hacerse mayorcito se fue encontrando con el hecho de que las personas con quienes se relacionaba, o con quienes tenía contacto de algún modo, se estaban comprometiendo con las obligaciones más allá de la obligación, es decir, que se iban haciendo cargo de cumplir con las obligaciones aunque no estuviesen obligados.

Esta estúpida contradicción o comportamiento desatinado provocaba en Pedro extraordinaria ansiedad. De hecho, pensaba que desarrollaría una úlcera de estómago irremediablemente por la tensión constante en la que vivía. El problema era que, al no compartir el compromiso de sus semejantes, se sentía fuera del mundo y en evidente peligro. Pero lo que andaba detrás de esta sensación, más que nada, era su no comprensión del fenómeno. Más que la no comprensión, que también, pues no era capaz de verbalizarlo, era el no tener solución al problema lo que causaba su ansiedad.

La situación insostenible de la vida de Pedro alcanzó su clímax cuando llegó el momento de buscar su autonomía e independencia, cosa a la que nadie, absolutamente nadie, ni si quiera las personas como Pedro, faltaría más, renunciaría; se renuncia antes a la vida, por esto hay gente que se suicida. ¿Qué creía ella lectorx?, ¿que lo hacían por enfermedad u otra excepción? Pedro necesitaba y ansiaba su autonomía e independencia, pero no veía de ningún modo la posibilidad de conseguirla. El comportamiento humano le resultaba tan absurdo que, por más que intentaba, no conseguía imitarlo, y erraba y erraba.

Un suceso precipitó el desconcierto desesperado de Pedro. Cuando por fin consiguió un trabajo, de milagro casi, el imbécil de su jefe lo sometió, en presencia de sus nuevxs compañerxs, a una novatada absurda y cruel. Advirtiéndole que todos sus empleadxs habían pasado por la prueba, le dijo que iban a hacer un juego. A su pregunta, él tenía que responder: “Los suyos, señor”. Y preguntó: “¿Cuáles son los huevos más bonitos del mundo?”. Pedro se sintió muy mal y, aunque habría querido someterse a la vejación por conservar aquel trabajo, no pudo hacerlo, y respondió, muy tímidamente: “No lo sé, señor”. El estúpido jefe insistió diciendo que Pedro no había entendido. Le repitió el mecanismo del juego y volvió a hacer la pregunta, obteniendo la misma respuesta. Y así sucedió 2 ó 3 veces más, creando una situación muy tensa y prolongada, hasta que por fin se retiró defraudado.

Naturalmente, Pedro perdió el empleo a consecuencia de esto. Pero estoy convencido de que ela lectorx no ha comprendido por qué. No fue porque su jefe lo despidiera. No, todo lo contrario. El hijoputa lo acosó pretendiendo hacerse su amigo y más listo que él. Pero tampoco fue por esto por lo que Pedro perdió el empleo. Tal era su desesperación y necesidad de ese trabajo, pues no veía que pudiera lograr otro, que aguantó incluso esto. El motivo por el que tuvo que renunciar a supreciado empleo, asombrosamente, fue el comportamiento de sus compañerxs.

Pedro esperaba, si bien no la felicitación de éstos por no someterse al pinche tirano, al menos su silencio. Pero no fue así. Uno le dijo, mientras lxs demás asentían con él, y con evidente desprecio, aunque con indecisión y timidez, que todxs habían respondido la pregunta de su jefe, que no tenía tanta importancia.

Pero tampoco ahora, estoy seguro, ha comprendido ela lectorx. Pedro se fue, no porque sus compañerxs de trabajo fueran cobardes sumisxs, pues él lo habría sido de haber podido, sino porque se sentían orgullosxs, no ya de serlo, sino de saber que se sentían

orgullosxs de serlo, considerando tal estrategia como valentía e inteligencia. Esto fue demasiado para Pedro, y renunció al trabajo con una profunda depresión, casi estuporosa.

Pasó varios días vagando por los parques, abundantes en su localidad, y fumando porros. Esto último le traía de cabeza en su depresión, pues sentía que fumar era ir hacia adelante, pero no veía a dónde, mientras que no fumar era ir hacia atrás. Pero hacia atrás no podía ir. No se puede descomprender. El atrás estaba podrido.

El pensamiento de Pedro era acelerado y recurrente, es decir, volvía una y otra vez a los mismos asuntos sin resolverlos en ninguna vuelta. Se sentía desesperado y angustiado y, a causa de ello, muy fatigado.

Al ir a dormir se fumó un porro y consiguió ir desconectando poco a poco de sus preocupaciones mientras caía en una ensoñación placentera. Se juntó la sensación de deliciosa irrealidad del cannabis con la entrada en el sueño.

Pedro estaba en el antiguo Egipto. Se construía ante sus ojos La Gran Pirámide de Guiza. Estando vestido con ropas del siglo XXI, camisa, pantalones cortos y sandalias, provocó miradas curiosas entre lxs trabajadorxs que, sin embargo, no pudiendo interrumpir su tarea, se conformaron con observar de hito en hito, sin comprender.

La pirámide estaba casi terminada. Pedro subió por una de las rampas de arena adelantando a filas y columnas de trabajadorxs que arrastraban bloques de piedra de más de 2 toneladas. Al llegar a un tercio de la altura de la pirámide comenzó a subir las escaleras entre los siguientes pisos hasta situarse en la cúspide, donde sí provocó el desconcierto suficiente para interrumpir el trabajo.

La interrupción de la continuidad que allí se daba se transmitió como una onda de asombro, ante lo inusual del suceso, que llegó a la totalidad de lxs presentes.

Pedro gritó a toda voz: ¡¿No os dais cuenta de que este tremendo trabajo que estáis realizando es completamente inútil?, ¿que no produce ninguna riqueza, ningún bien, ningún servicio a nadie?, ¿que sólo genera malestar?! ¡¿No sería mejor que todxs hiciésemos un trabajo útil y, entonces, nos sentiríamos bien?!

En el momento en que terminó de decir esto, Pedro hizo dos comprensiones: Primero, que lo que había hecho era completamente ingenuo, pues lo que había dicho era completamente evidente y bien sabido por todxs y, segundo, que su ingenuidad le había costado la vida.

Como Pedro, a semejanza de la casi totalidad de los seres humanos, no había considerado nunca su muerte de un modo real y efectivo, esto es, nunca consideró la posibilidad de morir, sino que vivía como si no fuese a morir nunca, la incongruencia de su muerte inminente lo sobresaltó y despertó.

La vuelta a la vigilia de Pedro fue muy lenta, realizando tres comprensiones más, y que fueron claves:

Que su experiencia había sido real. Entonces, aquéllxs egipcixs habían borrado por completo el episodio de sus mentes cuando todo hubo terminado, habiendo continuado con su trabajo como si no se hubiera interrumpido, cosa que resultaba fácil, pues eso no ocurría nunca. Sólo de este modo el suceso podía haber sido real sin cambiar la historia y, en consecuencia, él había sido el cristo más ingenuo y efímero de la humanidad, completamente desconocido hasta la publicación de este relato.

La segunda comprensión la verbalizó en forma de koan:

“Si estás obligado a llegar a un lugar para sobrevivir, y es seguro que no te da tiempo, ¿qué será lo mejor?”

Y la respuesta a este koan es, y Pedro supo:

“Ir despacito y empezar por el principio”.

Y la tercera comprensión fue doble: Lo bueno de la muerte es que, cuando se va a morir, ya no importa nada, y uno puede dedicarse a sentirse bien. Y lo malo de la muerte es que llega.

Pedro estaba curado, si bien esto no había solucionado sus problemas.

Y comenzó a investigar despacito.

Jesús Estrada, en abril de 2013. www.nuevaera.info